AÑO II NÚM X

GRECIA

REVISTA DE LITERATURA

SEVILLA

1.º de Marzo de 1919 10 Céntimos.

Pedid oloroso y fino **"PALMERO"** de la casa de

MANUEL M. FERNÁNDEZ

DE JEREZ DE LA FRONTERA

Especialidad "MANZANILLA IMPERIO"

SANLÚCAR DE BARRAMEDA

DEPÓSITO EN SEVILLA MOZAS, 10

Tejidos

Novedades y Confecciones

Especialidad en artículos de punto

y Camisas de caballeros

José Pérez Girón

Plaza del Salvador, 20 y 21

Sevilla

La Española

CONFITERÍA

PASTELERÍA

ULTRAMARINOS

Astelmo de Rueda y Mora

Tetuán, 27.—Teléfono, 941.

SEVILLA

Casa especial para bombones

Bertrand Auban Gasquet

OPTICO

SIERPES, NÚM. 34.—SEVILLA.

Gran surtido en óptica. Electricidad, fotografías y ciencias.

Café Moka

ES EL MEJOR

SIERPES, 61

Cervecería España

Sanjuan & Millet

BARCELONA

Flejes de hierro usado, especiales para tonelería y enfarde de corcho.

REPRESENTANTE EXCLUSIVO EN SEVILLA

Manuel Casas Vera

ALFARERÌA, 44 Y 46.—SEVILLA

Montes Sierra e Hijos

BANQUEROS

(Sucesores de Huidobro)

Neutrácido Español

Medicamento insustituible, absolutamente inofensivo
Completamente eficaz para las enfermedades del

Estómago e intestinos

y todas las derivadas de defectuosa nutrición
Artritismo, Diabetes, Anemia, etc.

No vacile usted si sufre
Tardará usted en curarse, lo que tarde en decidirse

EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

FRASCO DE 300 GMS. 6 PESETAS
FRASCO DE 500 GMS 10 PESETAS

Concesionario exclusivo: **José Marín Galán,** Arjona, 4.—SEVILLA
quién enviará gratuitamente folletos a quienes los soliciten.

GRAN SASTRERÍA

DE PAISANO Y MILITAR

Vda. de Subirá y Sevilla

ALTAS NOVEDADES **EXTENSO SURTIDO**

Uniformes de todas clases para corporaciones, cocheros, lacayos y chauffeurs

O'DONNELL, 30 Y 32

SEVILLA

Única casa en España que sirve lutos a medida en una hora

AÑO II. SEVILLA 1.º DE MARZO DE 1919 NÚM. 10

En la angustia de la ignorancia —de lo porvenir, saludemos —la barca llena de fragancia - que tiene de marfil los remos.
Rubén Darío

DIRECTOR
Isaac del Vando-Villar

Revista Quincenal de Literatura.
Redacción: Amparo, 20

REDACTOR-JEFE
Adriano del Valle

Farsa del ensueño.

Para Adriano del Valle, que puso un cuento suyo, como una estría de fuego, debajo de mi nombre.

ANTÍFONA

Después de la farsa, el pueblo retiróse a la sombra de sus casonas y el carro de la farándula se durmió al borde del camino, que fingía, bajo la luna, un corriente río de hielo.

Pero la belleza de la danzarina, vestida de rosa, agitó en el pecho de los sáfagos pueblerinos la víbora del deseo; al retirarse llevaban las manos trémulas, entrasados los labios y un germinar de malos pensamientos en el cerebro, donde se encabritaban, negros y terribles, los corceles del pecado.

MIEDO

Idilio de Pierrot y la danzarina en la decoración del nocturno pleniluniado.

En la brisa cantarinean los besos como el agua de una fuente.

La voz del buho suena monocorde entre la sombra, movediza, de los árboles que bordean el camino.

Por la llanura pone la noche una sombra de inquietudes y la danzarina, de los ojos luminosos, se aprieta medrosa y pálida sobre el pecho débil de Pierrot.

En largos extremecimientos el tintineo de sus collares, falsos, finge una música de oro...

Y es en vano que Pierrot, el pobre espiritualizado de los largos ayunos y las vigilias inacabables, quiera acallar sus inquietudes madrigalizando su amor.

—Qué te atemoriza? Qué peligros puede haber en esta calma encantada de luna? No tiembles... oye esta música que canta en mi corazón para la letra de nuestras quimeras de oro... oye... quiero recitarte todos los romances que aprendí en mi largo caminar; te diré todas las felicidades que aún nos aguardan...

Y acaricia los rizos de ella que se dan a la noche ondeantes y luminosos como una llama.

—Oh mi danzarina pálida y frágil como un búcaro de cristal; yo fabricaré un alto alcázar de ensueño, más cerca del cielo que de la tierra, y allí de rodillas, ante tí, toda casta desnudez, recitaré una oración de amor que compuse en un crepúsculo sangriento como tus labios...

Ella medrosa se acurrucaba contra el pecho de Pierrot, mientras la brisa cruzaba los campos llevando las palabras de él como un eco de armonías inefables.

IMPRECACION A LA NOCHE

Alma de la noche, que traes en tus sombras no sé qué inquietudes...

Alma de la noche, que te fundes en las almas de las vírgenes llenándolas del misterio de tus extrañas incongruencias indescifrables.

Alma de la noche. que te fundes en en las almas de las vírgenes, con tus visiones apocalípticas, con tus alucinaciones demoniacas, con tus bárbaras sinfonías que despiertan en la sombra todas las aberraciones.

Noche, mandrágora que surges de fondo de los sepulcros, a tu amparo l boran incansables las larvas hediond del pecado y en las entrañas de las v genes se fraguan no sé qué horrend monstruosidades.

Noche, tú acechas siempre frente bien como una zarpa siniestra y oscur

EXTREMECIMIENTO

Roncó la tierra debajo de ellos con un anuncio de tempestades lejanas,

Otra vez cantó el buho cerca, lejos entre los álamos del camino.

Bruscamente unos brazos rudos y p derosos, arrebataron la danzarina a l brazos débiles de Pierrot.

Los sátiros pueblerinos aullaban d deseo...

Y a lo lejos el pueblo sombrío era co mo un gran monstruo espectante tend do bajo la luna.

COLOFÓN

... Se alejaban las bestias en carrer desenfrenada.

Sobre el verde tapiz de la prader quedaba el cuerpo de la danzarina, fr y desnudo bajo la caricia lunar, manc llado por todos las impudores, com una estatua de alabastro que una ráfag hubiera derribado del pedestal.

Junto a ella, dolorido y maltrecho, llo raba Pierrot, desteñida la blancura d rostro, porque la vida, ruda y cruel, h bía derrumbado al ensueño.

Y la luna reía, despiadada y blanca sobre el dolor...

LUCIANO DE SAN-SAOR.

POEMAS DEL ULTRA

Hacia el Sur

En la tarde
por entre los remolinos de la sombra,
atravieso el largo viaducto
que arde en luces y cruge
como una pirotecnia
y me hundo en el ciego azul
de los arrabales tranquilos
donde todo es sereno y dulce
como una venda sobre los ojos
y la llaga del día se anega en bálsamos
en los negros pies de la ciudad
quietos y lacerados como los de un Cristo.
Atravieso el negro viaducto
que tiembla como un ascensor
y me dirijo al Sur,
al Sur calmado y tibio
como una lámpara de barro.
Me dirijo al Sur,
hacia los arrabales últimos
donde las calles azules
tienen piedras resbaladizas
como las gradas de las embarcaderos
y el aire se raya como el agua del mar
y se abre en senos acribillados.
Me dirijo hacia el Sur
siguiendo las huellas de las mujeres cansadas
en cuyas espaldas rompe el viento
grandes vejigas flojas
como aquellas que están secándose
en los palos de los desolladeros
y cuyas faldas se encrespan
y abomban sobre las anchas mollas.
Sigo las huellas de las mujeres
que tienen prisa por llegar
y hostigadas caminan
y caminan aun como si nunca
hubiesen de alcanzar sus viviendas,
situadas más allá todavía,
al otro lado de los arrabales
y de los puentes
en el sitio donde todo se aquieta,
donde el aire se abomba flojo como una gran (sábana
sostenida por manos que se doblan
de sueño...,
Camino así hacia el Sur,
yo también lacerado,
rayado por el aire,
hostigado por las horas
que me siguen como lebreles,
ávido de reposar
en ese lugar último,
tibio y amplio hacia el Sur,
como una ensenada de aguas salobres,
desgarradas y oscuras,
donde las naves descansarían
si la ciudad tuviera un puerto...
Camino hacia ese límite,
hacia el círculo extático
en que las casas duermen
con sus alas caídas,
y en los anchos umbrales
reposan las mujeres,
redimidas de los corsés,
dejando descansar sus pechos sobre las rodillas,
con los pies descalzos,
anegados en el agua tibia
de los charcos azules,
reposando de la gran fatiga
con que cruzaron la ciudad, aun aturdidas,
serenándose
en el claro silencio,
curándose de toda herida,
hasta de la del sexo,
en un éxtasis largo
ante el cielo estrellado de los braseros...
Paso ante ellas seducido
por el aire tibio, acariciado
por sus ampollas que se rompen
como lagrimales en mis mejillas...
paso encorvado bajo el aire
que pesa dulcemente en mis espaldas
como un fardo de telas suaves
y me reflejo en las ventanas
bajas y rotas,
sobre los suelos de ladrillo
en que un niño se arrastra
con el vientre desnudo

hacia el armario abierto
y un perrillo descansa
con el hocico hundido en un sueño...
Llego al último círculo
donde todo está quieto
donde las madres doloridas
reposan ampliamente
como al pie de las cruces
en que sangran los hijos
sus últimas resinas;
atónitas y dulces
con los ojoo cuajados
en un llanto frío,
laxas y serenas cual si todo
se hubiera consumado
ya casi consoladas
después de su martirio,
sintiendo como el tiempo
se hace un niño en la noche
y respeta sus frentes,
cómo sus cabelleras se apelmazan
untuosas en sus sienes
y como el aire bebe todas sus lágrimas
y en las llagas del hijo y en las suyas
vierte todos los bálsamos
el alcanfor y la canela
el nardo y el cinamomo
de las lejanas colinas del Sur...

Llego al último límite
y me siento entre ellas
yo, el hijo, lacerado
más que ellas mismas,
me siento al pie del muro
donde ha de zumbar el tábano de la primavera,
frente al campo sin puertas
largo como un desierto...
Allí me aduermo silencioso,
frente al otro Sur invisible
hacia el que está imantado mi cuerpo,
frente al Sur donde soy
eternamente niño,
frente a la casa antigua
de donde salí un día remoto
dejando en ella mi primera sombra,
como un nido estrujado,
frente a la ciudad antigua
llena de tumbas
pesada de silencio,
frente al Sur, donde sólo
estáis vosotros mis amigos,
oh nazarenos tristes,
sentados junto a un muro negro,
al borde de ese río
que nace y se termina
en nuestro corazón...

R. CANSINOS ASSÉNS.

A Paul Verlaine

¡Pobre «Lelián»! Tu vida de triste vagabundo, de pobre hampón bohemio
tejida entre las brumas de un recuerdo macabro que es crimen y es amor
es la Biblia profana de raras inquietudes; y es tu verso el Prohemio
de esa canción gigante que rueda por el Mundo como un raro dolor.

El Hospital, la Cárcel, los *cabarets* rufianes de la orilla del Sena,
todos los tristes antros del vicio y la miseria del mundo parisién
vieron pasar tu fuerte cabeza de gigante y vieron tu serena
resignación doliente; más allá de los Males y más allá del Bien.

Tu musa atormentada en las noches de fiebre fué blasfema y maldijo,
y en la honda tristeza de tu vivir doliente, al pie de un Crucifijo
tu diabólico verso rimó dulces palabras y tornó a maldecir.

¡Pobre «Lelián»! Tu verso se destiló en mi alma, y exacerbó mi pena,
el verso que rimaste, borracho en los tugurios de la orilla del Sena
que arrastra en su corriente las pálidas grisettas cansadas de vivir...

LUIS FELIPE DEL MORAL.

Sueños

HACE un calor asfixiante. Voy por un camino polvoriento bajo la llama viva del sol de Agosto. Ni una casa, ni un vallado, ni un árbol. De pronto, al fondo, veo una línea de chopos y de álamos. Llego a la orilla de un río. Una mujer se acerca y me ofrece, sonriendo, agua en sus manos. Se parece a mi prima. Las suaves manos sonrosadas calman el ardor de mi frente. Quiero besar el dulce rostro risueño y veo la cara de Luis XI. Confusión.

—

En la terraza de mi casa de campo. Ante un telescopio gigantesco mi hermano Miguel me habla, en francés, de las Pléyades. Hay una claridad formidable. La luna agrandándose se acerca a la Tierra. Sobre una tierra blanca, como si fuera nieve, corren, dando gritos, unos pigmeos rojos.

—

Desde el balcón de mi casa veo en la de enfrente una mujer llorosa ante un hombre que la amenaza con un puñal. Reconozco a Margarita Xirgu que me pide auxilio. Por un cable vibrante, paso sobre la calle; al llegar aparece la casa risueña y bondadosa de Campoamor quien ofrece un ramo de claveles a doña Emilia Pardo Bazán. Llueve.

—

Desde lo alto de una torre enorme estoy viendo pasar unos ejércitos extraños. Un hombre que voltea una campana, es arrastrado al espacio por la cuerda que asía. Este hombre, de mirada angustiosa y de brazos larguísimos, me agarra para no caer y me arrastra, con él, al vacío. Yo despierto.

En un gran balcón que da a un jardín estamos Ella y yo. Sus gracias tienen una vaguedad ultraterrena. Hay un surtidor cuyas aguas multicolores se elevan, como una palmera ingente, al cielo. Por una avenida se adelanta un león. Da un salto inexplicable y, pasando sobre nuestras cabezas, entra en la habitación donde estamos.

Ella sonriendo se adelanta con la mano cariñosa hacia la fiera; ésta abre la boca y he aquí un humilde lebrel que besa la mano de su dueño.

JOSÉ MARÍA ROMERO.

La moderna poesía francesa

La puerta que no se abre
La mano que pasa
A lo lejos un vaso que se rompe
La lámpara humea
Las estrellas que se encienden
El cielo es más negro
Algunos animales
Sin su sombra
Una mirada
Una mancha oscura
La casa en que no se entra.

P. REVERDEY.

(Del libro *Las pizarras del tejado.*—R. Cansinos-Asséns.-Traduxit.)

POEMA [1]

ANAGKH

¿Qué fatídico buho, todo sabiduría,
abre los ojos en la noche y ve
entre los negros velos, cual si fuese de día?
¿Quién vuela, sobre el que confía,
con grandes alas negras?

Anagké!

¿Quién, como Eros,—que acecha
escondido,—hace blanco de nuestra fé,
y sobre el generoso pecho lanza la flecha
de plomo? ¿Quién deshecha
deja nuestra ilusión?

Anagké!

¿Qué mano desencadena
la rosa de los vientos en la nave que fué
segura del timón, del mástil y la antena
por el mar? ¿Qué sirena
fatal canta en mi corazón?

Anagké!

¿Quién sale a nuestro encuentro con ironía? ¿Quién vaga
siempre junto a nosotros? ¿Quién a nuestro pie
abre un abismo y nos amaga?
¿Quién cierra todas las puertas? ¿Quién apaga
todas las luces?

Anagké!

¿Quién hila la mortaja
que está para nosotros siempre dispuesta? ¿ Y qué
carpintero golpea sobre la negra caja
que con nosotros baja
a la tierra?

Anagké!

¿Quién hace el azar que asombra?
¿Quién nuestros trabajos prevé?
¿Quién nos persigue, nos ordena y nos nombra,
y escribe en nuestras frentes, con sus signos de sombra,
«Efímero»?

Anagké!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.

(1) Del libro *Las Coronas de mirto*, próximo a publicarse.

Los Humildes

ERA una noche de nieve y de lobos... En la amplia cocina de la casa de mi amigo, había buen fuego de hogar, y era el único alumbrado el rojo resplandor del fogaril. En los tableros que corrían a lo largo de las paredes ahumadas, resplandecían las ollas de cobre, y las grandes orzas de los adobos mostraban sus hinchados vientres. Olía a heno y a membrillos, guardados en los viejos arcones de roble. Sin verlos, presentíase el establo, tibio de estiércol, con sus vacas de pupilas de miel, y el huerto, aterido bajo la nieve, y más allá, la sierra brava, taladrada por los ojos encendidos de las bestias hambrientas.

Invitado por mi amigo a una montería, llegué aquel día al pueblo, y junto al buen fuego del hogar, charlábamos de mil cosas.

—He leído tus últimos escritos—decíame él,—y los encuentro influenciados por las teorías—que siempre me parecieron crueles,—de Niestzche. Tienes un aristocrático desdén hacia los humildes, casi llegas a negarles el derecho de existir.

—Yo creo—le respondí,—que sólo los fuertes pueden ser creadores, y por lo tanto, útiles. Los organismos sanos engendran los cuerpos bellos, y los cerebros potentes, las ideas geniales.

—Pero los que carecen de dones con que ornarse, se hallan siempre dispuestos a la adoración, y son sus almas los grandes espejos donde se reflejan todas las cosas bellas. Ellos no conocen el odio, porque son humildes y están convencidos de que su misión es admirar. Esta es una ley inmutable de la Creación. El sol tiene una corte de planetas, como un rey galante; las fuentes están enamoradas de las estrellas y las copian en sus senos de aguas; las flores se ciñen a los cedros y les ofrecen sus cuerpecillos de crespón y de aromas; las palomas quieren imitar a Venus en el amor, porque una vez fueron uncidas a su carro...

—Pero te refieres a cosas que, aunque inferiores, son bellas por sí...

—Los humildes, feos de cuerpo, llevan en las almas, como un rico presente, la belleza de los demás... A este propósito, quiero referirte el caso del pobre Pablo Antonio...

Crepitaba la leña en el hogar, y a su rojo esplendor, brillaban las grandes ollas de cobre, colocadas en los tableros. Olía a heno y a membrillos. Yo tenía un vago presentimiento de nieve y de lobos...

—Pablo Antonio—comenzó a decir mi amigo,—era un mozo de este lugar, tan débil, enfermizo y desmedrado, que unos teníanle compasión y otros, desprecio, haciéndole sufrir las burlas más brutales. Nunca se le halló en las fiestas ni en los corros de las mozas, ni sonó su vihuela en las rondas ni oyóse un cantar suyo al pie de una reja.

Pero Pablo Antonio tenía su secreto.

Todas las tardes encaminábase del valle a la montaña, por las veredas bordeadas de espinos en flor, bajo los altos árboles de frondosas copas misicales. Arriba le esperaba Rosa María, la zagala adolescente,—criada en la brava libertad del monte, sin otro trato que el de sus corderas, blancas como madejas de lino,—que tenía formas tembladoras bajo la liviana tela del traje pobre, y cabellos rubios como el sol, sueltos sobre

la espalda, y las piernas desnudas, finas y ágiles como las de las corzas.

Sentábase a su lado y le contaba cuentos maravillosos, donde había palacios encantados, de amplias naves pobladas de columnas, tesoros escondidos en profundos subterráneos, y una princesita de ojos azules, hilando inmaculadas albendas, con luz de luna, en rueca de oro.

Ella le escuchaba en éxtasis.

El seguía refiriendo los desposorios de la infantina con un príncipe rubio, muy temido de gigantes y encantadores, y se detenía prolijamente en relatar los dones que les trajeron las hadas, y los ricos presentes hechos por los gnomos del bosque, y las rosas que ornaban el tálamo nupcial...

Ella continuaba escuchando, con una infinita fascinación en los ojos extáticos.

Y él terminaba el cuento diciendo cómo murió la princesa, a la mañana siguiente de su casamiento, embriagada de amor y de rosas...

Entonces, Rosa María, le contaba la historia de un lucero pastor, que apacentaba rebaños de estrellas, enamorado de la luna, y al concluir, suplicábale a Pablo Antonio:

—Llévame a esas ciudades encantadas para que yo vea también los palacios de oro donde viven los príncipes rubios.

Pero él negaba siempre.

—No bajes al llano—decía.—Son malos los hombres y te cercarán de terribles peligros. Te odiarán las mujeres por envidia y llegarás a conocer el llanto. No bajes al llano, Rosa María, porque en él la vida lleva un manto de miserias...

—Yo quisiera ser como la infantina de tu cuento y morir embriagada de amor y de rosas...

—¿Por qué deseas morir? En la montaña no se comprende la muerte. Aquí todo se eterniza, como la estrella de la historia...

Pablo Antonio tenía la certidumbre de que la perdería para siempre si ella llegaba a apartarse de la soledad en que vivía.

Otras veces, en alegres excursiones, iban a coger frutos en los cercados próximos. El, siempre débil, no conseguía saltar el valladar; entonces, Rosa María, apoyándose en su hombro, escalaba las bardas fácilmente. Pablo Antonio, vislumbraba la blancura de sus piernas agitándose en el vacío, y se le agolpaba la sangre a las sienes, haciéndole temblar de deseo.

Después, tornaban cargados hasta no poder más; tendíanse en la tierra, y Rosa María alzaba un ramo de moras, por reposo de hojas, y las dejaba caer, una a una, sobre su roja boca, trémula de risa. En sus ojos extáticos, copiábanse los morados frutos.

Tenían las tardes una diafanidad de cristal. En los negros pinares vibraba la vida de los nidos. Las carretas bajaban hacia el valle, lentas y solemnes. Y eran unas del color suave de las manzanas de otoño, porque llevaban cargas de uvas e iban camino de los lagares cálidos como lechos; y otras eran purpúreas como labios de mujeres lascivas porque llevaban los fastuosos estuches de las granadas; y otras eran áureas como joyas reales, porque llevaban perfumada carga de naranjas... Y pasaban los bueyes rojos, los bueyes negros, los bueyes manchados... Y los boyeros iban cantando una melancólica melopea, evocadora de siglos primitivos...

Una vez, con la firmeza de las resoluciones meditadas, dijo Rosa María a Pablo Antonio:

—He de partir, he de abandonar la montaña para siempre. Deseo contemplar los palacios de oro y las sedas suaves que visten las princesas de tus cuentos...

—No creas en esas quimeras—exclamó él,—que referí por recrearte; no bajes al llano, donde los hombres te rodearán de terribles peligros y te odiarán las mujeres por envidia...

Pero Rosa María, sin escucharle, descendía ya por las veredas bordeadas de espinos en flor, bajo los altos árboles de frondosas copas musicales...

—Torna a la montaña—gritábale el joven.—Torna a la montaña; no abandones tus corderas, más blancas que madejas de lino...

Rosa María seguía descendiendo, descendiendo, y el ramo de moras, pomposo de hojas, que agitaba en su mano como un oriflama, ponía en la diafanidad azul del cielo, la mancha morada de sus frutos.

Desde entonces, vióse a Pablo Antonio más triste, más miserable, más abatido que nunca. Supo que ella había marchado muy lejos, más allá del mar, y la buscó por todas las ciudades, guiado por la esperanza de hallarla.

Al fin, un día, en la terraza de un café oriental, logró descubrirla.

Un relámpago de blancura cegó los ojos del joven. Sobre la gastada seda de unos tapices, mostrábase Rosa María, desnuda, alzando los crótalos sobre su cabeza rubia como el sol.

Los músicos tocaban en extraños instrumentos unas lánguidas melodías.

Y Pablo Antonio no supo odiarla por que ofreciese su cuerpo desnudo, fragante como un fruto nuevo; la suprema angustia de aquel momento, le floreció de lirios el alma cándida, y extáticamente, fervorosamente, la adoró.

LUIS MOSQUERA.

Puesta de sol en Sanlúcar.

Costas de Oñana y Bonanza;
al fondo, el Guadalquivir,
y una hermosa lontananza
de oro, púrpura y zafir.

Suspira el mar. El poniente
luce sus luces bermejas
mientras bogan a Occidente,
hacia la luz, las parejas.

Arden las velas latinas
bajo la llama del sol,
que a las cercanas salinas
empurpura de arrebol.

El sol se oculta a lo lejos
y finge, sobre las aguas,
multiplicar los reflejos
de unas vulcánicas fraguas.

La llama del sol se apaga;
vuela una lejana vela;
toma el paisaje una vaga
coloración de acuarela.

Brota la luz vespertina
del lucero de la tarde...
¡Tal la divina marina,
cuando el crepúsculo arde!

ADRIANO DEL VALLE.

Sanlúcar de Barrameda, Julio 1918.

El cuento quincenal

Rosa Blanca

(1912)

A Miguel Romero y Martinez, constelador e insigne literato.

I.

El sol lánguido y ténue va declinando: clamorean las últimas campanas vesperales y su armonía rasga el espacio como si fuera de seda y va trazando en el aire la ondulación sonora y fugitiva; en la vega aljarafeña, los árboles quietos, dejan que el sol se prenda amoroso en sus penachos. Un horizonte de púrpura acaricia voluptuoso dos gemelas montañas, que cual senos de núbil se yerguen sensuales e impolutas.

A lo lejos, vislúmbranse vagamente, foscos y polvorientos cipreses, entre los cuales se destaca, siniestra como un fantasma, la conventual mansión de las monjas de Santa Inés. Este edificio es de un estilo gótico y su parte alta hállase circundada de ventanales negruzcos y carcomidos por la acción de los siglos.

Por una vereda camina la pastora, rostro al Monasterio: es una zagala de frente dorada como pan de trigo y su sonrisa amable como la hostia Santa; en sus ojos fulgura, tembloroso, un lirio azul y místico como una salve. Se llama Arístida, y en su rostro se esfuma la infancia.

En la Comunidad se la miraba con recelo, censurándole sus ingenuidades y sus relatos de apariciones fantásticas...

II.

En el monstruoso recinto, reinaba un silencio tumular, que fué interrumpido por el eco lejano y armonioso de la esquililla de la piara de Arístida.

La Comunidad en pleno, atravesaba; silenciosa, una imponente nave, iluminada por lámparas de plata, que expandían destellos de violeta.

Caminaban lentamente para entonar la salve de gracia ante la Virgen colocada en la Capilla. Nubes de incienso abocetaban sus figuras blancas y daban al ambiente un olor místico de santidad...

Terminada la ceremonia, la superiora, madre Isabel, con el índice en la mejilla, como aparece Santa Teresa en los lienzos antiguos, musita breves palabras y las monjas le siguen a la Sala Capitular donde, una vez acomodadas en sus respectivos sitiales, madre Isabel les dice: « ¡Oh, amantísimas hijas y discretas madres!; esta mañana, cuando aún apercibíase en el cielo el lucero del alba, puso en mis manos una epístola la hermana tornera, del noble y magnífico señor don Diego de Avendaño, donde se me comunica la firme resolución de su hija Rosa Blanca de pasar en esta Abadía una larga estancia. Hasta mí ha llegado el rumor de que Rosa Blanca está tísica a causa de una grande y terrible emoción. Así es, que debéis tener el mayor cuidado para cuando ella venga a este Monasterio.»

Y las monjas se dirigieron a sus celdas al propio tiempo que por los vitrales se veía el cielo con el triunfo de la luna llena.

III.

La noche seguía en su mágico silencio, y madre Isabel hallábase sentada en un severo sillón del siglo XVII; tenía la vista clavada en las baldosas y entre sus manos un libro y un rosario milagroso.

He aquí que ella esperaba la próxima llegada del magnífico Don Diego de Avendaño.

Un reloj de timbres musicales dió la una, hora fijada por Don Diego para entregarle a la gentil Rosa Blanca.

Su lacerado corazón sintió el ruido alegre de los cascabeles de un carruaje. La hermana tornera, sigilosa, abrió la puerta; Don Diego y Rosa Blanca penetraron en el recinto. Al pasar por delante de la capilla, Rosa Blanca se detuvo para contemplar en las sombras «Los desposorios de la Virgen,» lienzo de Roelas. Una vez examinado el cuadro, Rosa Blanca miró a su padre enigmáticamente. ¡Oh, aquel cuadro trajo a su memoria sus ilusiones frustradas!

Madre Isabel acogió en su seno a la ilustre enferma, acompañándola hasta su celda.

IV.

El año anterior, en una breve tarde de santidad y de fragancia, Rosa Blanca encontrábase en su hacienda próxima a la villa de Albaida y en el lugar denominado la Cárcava. A corto trecho, vió a un hombre tendido, que impasible admiraba el paisaje que a su vista extendíase:

—¿Usted por aquí?—preguntó el hombre, sorprendido, a Rosa Blanca.

—Yo soy; le suplico no me tome por un hada de leyendas de ensueño.

—En verdad que os habeis presentado ante mis ojos, como al conjuro de una varilla mágica, porque hace un instante, vuestro recuerdo me inquietaba vivamente.

—Bah, esas son gentilezas de poeta, yo también os recuerdo cuando leo los diarios.

—¿Cuando leeis la prensa nada más? En otros momentos, ¿no me recordais?

Rosa Blanca balbució con rubor:

—¡Pero qué indiscretos sois los escritores!

—Nuestra misión es investigar, descubrir...

—¿Donde habeis estado esta primavera que no se os ha visto por ningún lado?

—He estado enfermo.

—¡Oh, estais pálido aún!

—Ello no tiene importancia, fué solo un ataque de ictericia.

—Habreis venido, oh poeta, a inspiraros a esta aldea; creo me dijisteis, allá en la ciudad, que aquí pasásteis los años primeros de la infancia.

—¡Oh, sí, soy de este bendito pueblo!

Hubo una pausa que Rosa Blanca interumpió preguntando:

—¿Creeis en Dios?

El poeta respondió afirmativamente y uego habló:

—Os habrán dicho, oh dulce amiga, que soy un ateo, que por aberración de a naturaleza he venido al mundo, pero a su elevado criterio bien se le alcanzará que mi manera de sentir, amplia, es muy distinta a como el vulgo la interpreta.

—Conozco la belleza de su alma, porque he leido sus obras.

—¡Oh, cuán gentil sois! Si hubieseis nacido en otra época, con la belleza y las bondades que atesorais, pudierais haber sido una reina como Santa Isabel de Hungría.

—¡Oh, por qué dirá la gente que sois

malo. cuando teneis un bello corazón!

—Gracias—dijo, conmovido el poeta.

—Pero yo os adoro fervorosamente.

Rosa Blanca dijo aquellas palabras con cierta sonrisa maternal, que hicieron enrojecer al poeta.

—Yo también,—decía éste, os idolatro: la esperaba hace mucho años, oh, mujer presentida, porque tu eres la ilusión soñada.

Rosa Blanca le oía en un abandono voluptuoso, y las matas de tomillo y cantueso movidas por el céfiro del sur, perfumaban aquel magno sortilegio amoroso.

—Recuerdo, oh dulce amiga, que el primer día que te conocí, me dijiste *que no comprendías, como siendo yo un espíritu inquieto por todas las manifestaciones de la belleza, me había rendido ante tu amor.* Yo en aquel ambiente de frivolidad, apenas pude contestarte. Hay confesiones que solo se comprenden en los momentos de alta y diafana espiritualidad. ¡Amada, la hora es propicia! Quiero que mi voz encierre en el vaso sagrado de tu pecho, la semilla de la abnegación; porque mi amor será eterno e inmortal; nuestra vida futua estará colmada de augurios porque creeremos en el *más allá* de la vida.

V.

Aquellas escenas amorosas se repitieron algunas tardes; sus almas diríase que se habían fundido un una sola; pero un día, el hado negro y terrible rompió el idilio. y Rosa Blanca fué encerrada por largo tiempo en sus habitaciones por mandato paterno.

El poeta Daniel desde entonces sólo pensó en la muerte y la buscaba como si esta fuese una rima dificil.

Murió en un duelo.

VI.

Rosa Blanca, desde el mirador de su celda, sentía el aullido de los lobos hambrientos y temía que pudiera alcanzarle algún peligro a la zagala Arístida a quien amaba con un cariño inmenso, porque servíale de compañera en aquel lento morir de su existencia. En aquellas noches, Rosa Blaca, evocaba la imágen de Daniel; le presentía bajo la tierra, mojada de lluvia, confundida con sus substancias... Su sangre roja daría amapolas; fulguraría su pus en las blancas azucenas; su plectro lírico haría florecer los lirios morados de los calvarios del dolor... ¡Sus ojos! Ellos, en la noche darían los fuegos fatuos.

—Daniel—clamaba con infinita angustia—mi Daniel, *ya no vives en este plano!*

VII.

Arístida llegaba en las mañanas llenas de sol, a la celda de Rosa Blanca llevándole la cándida visión de sus corderas... La dama prócer y la sencilla pastora dialogaban juntas, como antiguas amigas. Y Arístida contaba primitivas historias, que tenían un grato perfume de hierbas montañeras.

—Era una Virgen, señora; a su lado tenía abierta una zanja, llena de zafiros, de gemas y piedras riquísimas. Me llamó con su mano blanca que parecía un arco... Su cabeza circundábase de una aureola azul que me seducía. Me aproximé hasta verme en sus ojos como en las aguas de un lago, y caí desvanecida.

—¿No le pediste un milagro?—preguntó Rosa Blanca.

—Me daba miedo, señora.

Así transcurrían las horas en la serenidad del sacro recinto. Luego, Arístida ese alejaba tras la blanca mancha de sus orderas por los caminos del aljarafe.

—¡Adiós, Arístida, hasta mañana!

—¡Hasta mañana, señora!

VIII.

Rosa Blanca íbase apagando lenta-

mente. Varias monjas de la comunidad rodeaban el lecho, tratando de consolar sus últimas horas. Ella, con los ojos desmesuradamente abiertos, como espantados ante la enorme interrogación del infinito, apenas escuchaba las exhortaciones de las madres.

Arístida, guiada por su ingénua superstición, colocó a los pies de la cama de la enferma una cordera preñada.

De fuera, llegaba la fragancia primaveral; un rayo de sol doró la frente sudorosa de Rosa Blanca. Sus pupilas parecían contemplar el Nirvana prometido a su alma búdica.

Un estremecimiento de agonía le contrajo la boca en un supremo gesto de angustia.

Había expirado.

Y en aquel mismo instante la cordera que Arístida colocó a sus pies, auguralmente, paría con dulces gemidos de dolor.

ISAAC DEL VANDO-VILLAR.

La Nave.

(1914)

Palabras líricas inspiradas en el viejo aire popular inglés *Old England's Men of War*.

¿De dónde viene la nave, la espléndida nave que surca el mar anchuroso, el mar rumoroso, el verde mar infinito, sin temor al huracán ni al corsario, llena de hombres que nunca abatió el infortunio y que buscan sin tregua los más remotos confines de una y otra región?

De la cándida Albión.

Diríase que sus mástiles, sus mástiles gallardos buscan las celestes alturas y atraviesan las nubes. Su altiva proa con audacia hiende el abismo; sus anchas blancas velas ábrense y hacen presa del viento, que suspira humilde en las jarcias y se rinde al piloto, y sus recios costados, señores de la móvil llanura, proclaman la noble fuerza de esa insigne Matrona, amante de la Paz y del Trabajo fecundo, del hombre redención;

de la incansable Albión.

Mas si la nave iza su enseña por la razón y la justicia, el mundo tiembla. De polo a polo, libre como el pez en las aguas y como el pájaro en su vuelo, la nave marcha, y nadie logrará detenerla, a defender al débil, a exaltar al caído, a libertar al esclavo y a derrocar la infame tiranía. Tal es la hermosa condición

de la invencible Albión.

Hurra por la tierra madre de ciudadanos, escuela de los pueblos, crisol de nobles ideas; hurra por la nación, reina nutricia del Océano, que con frágiles tablas labró en el mar el más firme baluarte del progreso y libertad del mundo; ¡hurra por el glorioso nombre y por el siempre inmenso corazón

de la inmortal Albión!

MIGUEL ROMERO Y MARTÍNEZ.

Adriano del Valle en el Ateneo

El admirado compañero con quien compartimos la dulce e ingrata labor literaria en esta revista, el hombre bueno que tiene los labios colmados de palabras optimistas y alentadoras para cuantos llegan a él, Adriano del Valle, ha celebrado su primer acto oficial, presentando ante el Ateneo sevillano un bello florilegio de rimas. El triunfo—que esperábamos todos los que le conocemos—llegó fácilmente, sin violencia, seguido del cortejo de las Musas, que traían una corona de mirtos para las sienes del Poeta.

Una concurrencia ávida y distinguida, aguardaba la lectura de los versos de Adriano del Valle. Desde el frente del salón, Athenea, protectora, presidía el acto, bajo la clásica serenidad de su mirada. José María Romero, el poeta cuyos versos tienen unas veces la fragancia de las flores nuevas, y otras veces las elegantes perversidades de Pierre Louys o de Jean Lorrain, comenzó a leer, suavemente... Y fué una misma armonía, la música de la voz y la sonoridad de las bellas composiciones.

Devanándose como madejas de oro en ilusorios telares, escuchamos los poemas *Salutación a Cristóbal*, *Sire de las Carabelas; Oración al Mediterráneo; Véspero; Lirios, príncipes y versos; Madrigal de la infantina Blanca; El ritornelo de las fuentes; Propósito de optimismo; Madrigal de la fuente del convento; Memoraciones; Jardín umbrío; Gesta de los conquistadores; Elogio del alma de la alondra; El dulce verbo del Rabí*, y *La romería de San Andrés*.

En estas poesías—muchas de ellas escritas hace bastante tiempo—se nos muestra Adriano del Valle con los nobles entusiasmos de los escritores jóvenes, espigando en todos los estilos, codicioso de abarcar todas las bellezas...

Y así, es fuerte y épico en *Gesta de los Conquistadores*, como el viejo Ercilla, que

en tierra americana,
y en los robles rugosos, escribió La Araucana.

Admirable paisajista al cantar el alegre son de los tamboriles asturés y las primitivas escenas de los feriales aldeanos, en *La Romería de San Andrés*, cuando

viene de contino
del blanco camino,
rumor moceril.

Enamorado de las elegancias dieciochescas en *Lirios, príncipes y versos*, donde con

Lirios en las manos, oros en las trenzas,
risas en los labios y en el alma azur,
van los pajes rubios, siendo los heraldos
de la favorita rosa Pompadour.

Solemne y altisonante en la *Oración al Mediterráneo*, el

¡Bello mar Mediterráneo, azul llanura marina
que los sentidos halaga con su fragancia salina!

Suave como las

Manos de lino florido
que deshojan las magnolias
con caricias que parecen
besos de brisas eólias.

En *Memoraciones*, cuando dice

¡Cien años pasaran y aún yo recordara
del Abril fragante la mañana clara!

nos parece advertir, prescindiendo del metro y la modernidad de las imágenes, el espíritu del Marqués de Santillana.

Y en el *Ritornelo*, rinde un tributo rít-

mico a Rubén Darío. Dice Adriano del Valle refiriéndose a la fuente:

Maravillosa por sus salterios,
maravillosa por sus laúdes,
maravillosa por sus misterios,
maravillosa por sus virtudes.

Y Rubén, a los cisnes:

Vagos como las naves,
inmaculados como los linos,
maravillosos como las aves.

Esta es la primera época del Poeta, la grata época de su juventud. De poco tiempo a esta parte, sus producciones aparecen orientadas hacia un estilo definitivo, un estilo que él mismo ha denominado «mediterráneo».

Indudablemente, Adriano del Valle es un luminista; hasta cuando quiere poner sordina a sus versos, no llegan a ser la armonía que muere en la última nota de un violín, sino como voz sonora que va debilitándose en los clarines de oro de su estro. El ama los ponientes que flamean, las selvas incediadas por el sol del trópico, los «campos latinos» bajo el vuelo de las cigarras ebrias de luz, las noches de estrellas, que ardan sobre el mar como velas rojas...

José María Romero ha dicho que en la poesía de Adriano del Valle triunfa la luz de los pinceles de Anglada. Y yo encuentro exactísima esta afirmación.

Sus últimos trabajos, *Ortos latiros*, lo demuestran claramente. En ellos se columbran

vastas selvas ardiendo bajo un fuego del trópico,
islas de nubes rojas, ciudades de un utópico
país, donde había abismos inmensos y profundos,
mares de apocalipsis donde brotaban mundos,
y allá, por el oriente azul, surgía una estrella,
en reino de satanes temblorosa doncella,
hasta llegar la noche, en que un Mediterráneo
de astros se desbordaba de un modo subitáneo.

Magnífica alma la de este poeta, para quien la diosa Harmonía muéstrase espléndidamente desnuda, en una apoteosis cegadora.

El es el futuro cantor de todas las tradiciones latinas; él es el que puede concentrar en su verbo la herencia fastuosa y luminosa de las griegas islas; él es el que, sobre una barca enguirnaldada de rosas, puede elevar su voz más allá de las musicales olas mediterráneas, porque Adriano del Valle lleva en sus ojos un deslumbramiento, como el que ha mirado al sol, cara a cara, sin pestañear.

LUIS MOSQUERA.

Poema.

A José R. Jaldón.

Me he sacudido mi romanticismo
como el cielo en el alba
se sacude del pecho las estrellas
cuajando los rosales.
Y mi cielo plomizo
se ha iluminado
violentamente...

En la estancia dormida
han irrumpido pájaros y niños
cantando, alegremente.

Gritan y ríen
hombres de sábado.

Y la víbora negra, inútilmente
bajo las ruedas cándidas del carro
se retuerce.

Aleluya!

Como un gato las chispas de su lomo
me he sacudido mi romanticismo.

PEDRO GARFIAS.

PIDA V. CAFE MARCA

El Barco

El mejor, el mas selecto.

Especialidad en torrefacción concentrando su aroma.

Despachos:

Imágen, 13 y Alcázares, 1.

SEVILLA

TALLER DE REPARACIONES DE AUTOMÓVILES

Especialidad en coches "FORD"

Bajo la dirección de

MR. W. E. LANE

Mecánico y ex-representante técnico de la Fábrica "FORD"

GARAGE

Universal Stand

— DE —

LUCIANO HALLIVIS

Neumáticos, Càmaras, Aceites Grasas, Accesorios para Autos

AUTOMÓVILES DE ALQUILER

Servicio permanente

PZA. de la CONTRATACIÒN, 3 (Junto a la pta. Jerez)

Teléfono, número 1159

SEVILLA

SANITAS (SOLDIS)

EL MEJOR DESINFECTANTE, MICROBICIDA PARA AGRICULTURA, GANADERÍA E HIGIENE

SANITAS (POLVOS)

SIN RIVAL CONTRA TODA CLASE DE INSECTOS Y PARA USO DOMÉSTICO :-: :-: :-:

JABÓN "SANITAS"

EL MEJOR DEL MUNDO COMO MEDICINAL Y DE TOCADOR

(The "SANITAS" Company Limited) Londres

CONCESIONARIOS: **Mole y Welton**

Almacenes y Oficinas: Plaza San Agustín, 2 y 3

Telegramas y telefonemas: SANITAS-SEVILLA

Telèfono núm. 463

SEVILLA

DAMAS

Música :-: Pianos :-: Instrumentos

Discos :-: Odeon :-: SEVILLA

Almacenes Algarin Hermanos

LINEROS, 1

GUELLOS—PUÑOS—CAMISAS

CINTURONES—LIGAS—TIRANTES

CORBATAS—PAÑOLERIA

Perfumería de las mejores marcas del país y extranjeras

IMPERMEABLES INGLESES

Sección especial de ropa blanca fina

Una buena colección de

cuadros antiguos en venta.

José Navarro. LIBRERÍA

SIERPES NÚMERO 4 DAN RAZÓN.

NI LIMOSNA NI COMPASIÓN...

A los inválidos la Ortopedia
les pone en condiciones de
realizar toda
clase de
trabajos

Con las piernas y brazos artificiales "HARTMANN"
se vuelve a ser útil para todo

La condensación de los más modernos perfeccionamientos está en los aparatos "HARTMANN"

Son muy ligeros, sólidos y económicos

Solicite detalles o visite a

HARTMANN Y Cía

FÁBRICA DE APARATOS ORTOPÉDICOS - PIERNAS Y BRAZOS ARTIFICIALES

Cortes, 591 - BARCELONA

VALENCIA	MADRID	SEVILLA
San Vicente, 157	Fuencarral, 55	Rioja, 18

ALMACÉN DE MUEBLES

DE

Alejandro Velasco

FERIA, 23.—SEVILLA

Compra y venta de antigüedades y objetos de Arte.-Se alquilan mantones bordados y mantillas.-Se compra lana usada.-Se alquilan y venden trajes de toreros y picadores, y todo lo perteneciente a este arte.

A. E. G.

Thomson Houston Ibérica (S. A.)

Lámparas "EGMAR" y "NITRA"

Grandes existencias

de materiales eléctricos.

PASAJE DE ORIENTE

Restaurant :-: :-: Café :-: :-: Nevería

Pastelería :-: Fiambres

DE

PAUL BOUSQUET

Albareda, 22.--Sevilla

Tip. «La Exposición» Federico de Castro, 18.-Sevilla